

La literatura fantástica en Colombia

MAURICIO VARGAS HERRERA

Egresado de Estudios Literarios de la Universidad Autónoma, escritor.

Si escribir pensando en ser adaptado al cine es una ofensa a ojos de muchos, Álvaro Mutis tendría que haber sido condenado a la hoguera. Su novela *La mansión de Araucaima* era, ante todo, la tentativa de convencer a Luis Buñuel de que lo gótico también podría ser posible en el trópico. Y pese a que nunca pudimos ver el resultado de una fusión tan prometedora, Carlos Mayolo fue quien la materializó, con lo que parió un nuevo género denominado “Gótico tropical”. Su consolidación, sin embargo, quedó a medias, anclado como el intento de una generación de cineastas que ya murió, pero que se empeña en resucitar como si no hubiera futuro posible. Pese a todo, de una cosa estoy convencido: viéndolo objetivamente, lo gótico no es más que un entramado, una fusión de decorados tales como bosques, niebla, cementerios y castillos emplazados en lejanos parajes. El miedo no obedece a oscuras y siniestras filigranas, sino a la mente y, como sentimiento y respuesta orgánica que es, no tiene fronteras demarcadas. Si hay peligro hay miedo y si hay misterio, mucho mejor. Y parece que, después de muchos años, nuevamente hemos empezado a caer en cuenta de esto.

La literatura fantástica en Colombia parece estar atravesando por un pequeño despertar, cosechando lectores con mayor éxito que en años anteriores, cuando algunos aventados como René Rebetez y Germán Espinoza quisieron escribir este tipo de narrativa “a la colombiana”. Quizá se deba a la hipótesis que esgrimen algunos autores

norteamericanos: cuando los países atraviesan por alguna crisis, los géneros fantásticos gozan de acogida, en una especie de ciclo de diez o veinte años. O tal vez este auge en ciernes sea producto del aluvión de series y películas en el que cada vez nos vemos más inmersos y que permea la imaginación de los autores y las estrategias de los editores. Sea como sea, es agradable que los intentos por incursionar en esta rama de la literatura popular no sean en vano.

Haciendo un repaso por uno de los subgéneros que viven bajo el manto de lo fantástico, nos encontramos con un horizonte prometedor.

Laguna Libros, quienes reeditaron tres novelas de nuestra ciencia ficción temprana, parecen interesados en engrosar y posicionar su colección fantástica. Fernando Gómez fue publicado con una nueva edición ilustrada de su novela *Microbio*, que propone una pandemia. Gabriela Arciniegas publicó con ellos *Rojo sombra*, una novela sobre canibalismo y extrañas criaturas que habitan bajo las calles bogotanas, junto con su más reciente obra, *Bestias*, un libro de cuentos ilustrado en el que se homenajea a las criaturas más espeluznantes. Finalmente, Carolina Sanín, para nada cerca a estos géneros, publicó con ellos *Los niños*, una breve e insólita novela —reeditada en España por Siruela— que, según algunos críticos, huele a *Twin Peaks*, aquella famosa serie de suspenso dirigida por David Lynch.

La Editorial 531 tiene entre sus filas a Álvaro Vanegas, autor de *Despertares atroces*

(disponible solo en formato digital), *Mal paga el Diablo*, *No todo lo que brilla es sangre* y *Virus*. Pactos con el demonio, intrigas que coquetean con la novela negra y una historia de zombis bogotana, todas ellas han sido sus propuestas. Es uno de los autores con más constancia que ha salido a escena hasta el momento y que más temas ha propuesto en su narrativa. Y la editorial Calixta Editores, que parece tener una alianza con 531, también tiene un buen número de obras de corte fantástico, mucho más cercanas al género de la novela juvenil, que tanto éxito está teniendo entre los adolescentes: *Oscura redención* y *Calvario*, de Yeniferth Carranza, son las más visibles de su catálogo.

Collage Editores publicó con éxito total su libro de cuentos *13 relatos infernales*, en el que participaron Álvaro Vanegas, Gabriela Arciniegas y Esteban Cruz Niño, antropólogo famoso por su libro sobre asesinos en serie *Los monstruos en Colombia sí existen*. La editorial gozó del privilegio de haber editado el libro, si no el más escalofriante, sí el más vendido de la Feria Internacional del Libro de Bogotá del 2015, cosa que no deja de sorprender al tratarse de un libro de cuentos.

Penguin Random House se apoderó de la obra vampírica de Carolina Andújar mientras Planeta atesora a Mario Mendoza, que ahora se mueve entre dos públicos: su saga juvenil, inicialmente editada por Arango Editores, es una aventura épica ambientada en los verdes parajes andinos de nuestro continente y, junto a ella, su libro de investigación *Paranormal Colombia*, en el que cambia las fronteras de las ciudades por las fronteras de la mente.

Porque no solo de literatura hablamos aquí. El gusto por lo extraño ha hecho que, aparte del libro divulgativo de Mendoza, otros se lancen a tratar estos temas desde diferentes puntos de vista. Vale señalar la particular conexión que tienen sus autores

con la proliferación de contenidos radiales y televisivos al respecto. Hablo de “El cartel paranormal” de La mega, “Luna Blu” de Blu Radio y el polémico “Ellos están aquí” de RCN. Edwin Robles, parasicólogo del cartel paranormal, publicó con Collage Editores sus *Archivos paranormales* y *El rebaño de la Matrix*, así como Xavier Piñeros, otro frecuente colaborador extrasensorial del mismo programa, publicó con ellos *La escuela invisible de un clarividente*. Su conductor, Daniel Trespalacios, escribió sus experiencias en el programa bajo el título de *Quié-ro entrevistar al Diablo*. Por otro lado, desde la competencia, Esteban Cruz Niño, quien ya lleva un buen tiempo haciendo parte de la competencia con el programa Luna Blu, recientemente sacó su nuevo libro *Vampiros, canibales y payasos asesinos*. Y desde España, Mado Martínez ya lleva dos entregas de *Colombia sobrenatural*. Estos tres últimos escritores han sido cobijados bajo el manto de Ediciones B, que parece la más decidida a sacar adelante estos temas extranormales vistos desde nuestro territorio.

Son estas las manifestaciones de un fenómeno que se niega a sufrir una muerte prematura y que, junto con lectores jóvenes, se está fortaleciendo con éxito moderado. Sin embargo, el peligro acecha a la vuelta de la esquina.

Somos novatos en promover la fantasía, condenada históricamente por la crítica. Debemos luchar con una tradición norteamericana y europea muy fuerte. Ver un nombre castizo en la portada de un libro de ciencia ficción sigue siendo extraño. Y la solución no es, precisamente, inventarse seudónimos que suenen gringos para solventar el problema.

Las sinopsis en varias de las contraportadas parecen titubear cuando tratan de vendernos las historias. Omiten deliberadamente los términos *terror* o *fantasía* como si fueran algo sucio e ignominioso.

En una dura pero justa reseña publicada en el boletín cultural de la biblioteca Luis Ángel Arango, el autor calificaba *Mal paga el Diablo* como un “Fausto para *dummies*”. Lo malo no es el apelativo —que de cierta manera se lo gana con creces—, sino la capacidad para juzgarla desde el género al que pertenece, prefiriendo condenarla por no dejarse ajustar con calzador dentro de la novela urbana o novela negra, siendo estos, posiblemente, géneros mejor aceptados por la crítica. Si nuestra nueva literatura fantástica, apenas una resurrección imberbe, vuelve a caer en manos de estos sujetos que, al parecer, la última historia de miedo que leyeron fue escrita por Edgar Allan Poe o H. P. Lovecraft —no ver los elementos sobrenaturales en el libro de Vanegas es preocupante—, será una llama que se apague pronto porque, aunque a algunos les suena mal, la literatura fantástica es escapista y no se avergüenza de ello. Ya lo dijeron Guillermo del Toro y John Carpenter: estas historias no son para el escritor del tipo serio, y tampoco serán para cualquier lector.

Y de allí deviene otro problema, esta vez editorial: los precios, que llegan a asustar más que las historias que nos ofrecen estos autores. Las malas decisiones de los

editores pueden ser la otra palada de tierra que sepulte a esta literatura.

Viajemos en el tiempo. Estados Unidos, década de los ochenta. Los libros de bolsillo invaden los anaqueles y vitrinas de las librerías y hasta farmacias. Un cardumen de autores ve publicadas sus obras, no todas de la misma calidad, pero sí merecedoras de un éxito similar. Las carátulas de estos libros, la mayoría en ediciones de bolsillo, resaltan en las estanterías por sus vistosas ilustraciones, a veces potenciadas con troquelados y hologramas. Más que ganas de leerlos, son objetos preciosos que invitan al coleccionismo. Y todo esto por no más de seis dólares. Si volvemos al presente, veremos que los precios siguen siendo muy bajos, oscilando entre los diez y quince dólares. También continúan siendo bellos objetos. No faltará quien diga que fijarse en tales trivialidades mercantiliza a la literatura, pero de algo estoy seguro: los norteamericanos sí que saben tratar los libros que, siendo sinceros, son mercancía. Ellos entienden que el lector es una criatura fetichista por naturaleza, que aprecia el libro como algo más que un montón de papel entre dos tapas. A los editores colombianos poco les importa eso. Su sensibilidad es nimia. Y es que para



editar se necesita de la misma sensibilidad con la que se lee y la que se escribe. Es un acto poético. Saber manejar programas de diseño no es suficiente. Siempre he dicho que *el problema es del indio y no de la flecha*.

No sé, tampoco, de dónde sacan a los ilustradores. Mejores dibujantes hay a lo largo de la Carrera Séptima que en la industria editorial colombiana. Si no fuera porque están en mi idioma, no compraría nada impreso en este país. Hasta preferiría comprar el *Cien años de soledad* editado con altura por Barnes & Noble, una económica pero lujosa edición en pasta dura que le da tres vueltas a cualquiera de las ediciones hispanas, incluso, a la de Alfaguara, esa que viene con el árbol genealógico. Basta ver el tratamiento editorial a las obras fantásticas de Rebetz y Espinoza para lamentarlo en el alma. Afortunadamente, las nuevas editoriales independientes han entendido el valor del libro como objeto. El trabajo de Laguna Libros es meritorio, aunque no espectacular, y el nuevo diseño de toda la obra de Mario Mendoza por parte de Planeta es de agradecer.

Lo siguiente sonará como un capricho infantil, pero es que nosotros, lectores de lo fantástico, somos niños eternos: para la literatura fantástica debe reclamarse algo que sea atractivo a la vista, pero también económico. El género lo ha merecido durante años y no responde solo a mecanismos de venta, sino a una necesidad para lectores a los cuales debemos ir acostumbrando.

El público consumidor de este tipo de historias es adolescente. J. N. Williamson, famoso autor y editor norteamericano del género, además de profesor en la Writer's Digest School, analizó estas conductas gracias a sus cursos de escritura creativa. La mayoría de los estudiantes que pasaron por varios de sus cursos eran muchachos que no superaban los veinte años. Gran parte de ellos manifestaba interés por el horror.

Asimismo, advirtió la sensatez de los editores al vender a bajo precio: estos consumidores están en la escuela, no trabajan, sus gastos provienen de la mesada y sus ahorros no son más que las obras de gastos más inmediatos.

Williamson descubrió que las ventas de los libros se debían a estos chicos, lectores fieles por excelencia, y halló una conexión interesante: las historias de miedo simulan esa oleada de cambios que se atraviesan en la pubertad; sentimientos, pensamientos y experiencias extrañas, difíciles de asimilar, tal y como las situaciones a las que se enfrentan los personajes de los libros. Asimismo, advirtió la sensatez de los editores al vender a bajo precio: estos consumidores están en la escuela, no trabajan, sus gastos provienen de la mesada y sus ahorros no son más que las obras de gastos más inmediatos. Ese capital restante es el que va destinado a los libros que ni por asomo son artículos de primera necesidad para ellos (pero que terminarán siéndolo con el pasar del tiempo). Por lo tanto, un muchacho no podría ir tranquilamente a comprar una novela de miedo colombiana, pues algunos títulos superan sus capacidades económicas. Mario Mendoza vende sin problemas pues, al fin de cuentas, ya es un autor conocido. Pero con autores noveles es a otro precio: una novela como *Rojo sombra*, por ejemplo, cuesta más de cincuenta mil pesos. Y viene la toma de decisiones: ¿gasto sesenta y cinco mil pesos por la historia de

un autor colombiano que no conozco, en una edición de bolsillo y modesto diseño, o mejor me compro el nuevo tomo de *Juego de Tronos* de George R. R. Martin? La respuesta es obvia. Frente a los autores que nos llegan de otros países, con una fuerte garantía de calidad y manejo de la fantasía, tenemos todas las de perder, pues estamos compitiendo en un terreno que durante años han gobernado nuestros vecinos.

Si no se toman decisiones inteligentes con prontitud, nuestra literatura fantástica quedará en el olvido nuevamente, como sucedió hace años, sepultando estos mundos a los que los lectores siempre

desearán acceder, ora para alejarse de su entorno y mirarlo con objetividad, como el pintor que analiza la proporción de su obra distanciándose del lienzo, ora para, sencillamente, escapar.

Nuestro pasado y nuestra tradición imaginaria son un recurso inagotable para extraer historias de esta naturaleza. Siento que aquí, en nuestro país y en nuestro continente, la imaginación todavía desafía a la realidad. Quizá, pese a todo embate y pronóstico, ha conservado una virginidad que espera por ser explorada antes de que otros lo hagan por nosotros. El momento es ahora. ■■